

A la vertiginosa caída de la prefabricación a base de grandes paneles siguió el brillante intento de una nueva idea de construir, en torno a la cual se aglutinaron inquietudes personales e institucionales. Se continuaba soñando en acortar el gran trecho que dista entre dos mundos difícilmente reconciliables: la construcción y la industria. Nos estamos refiriendo a los enfoques de la construcción a base de componentes *compatibles*, construcción mediante *catálogos*, industrialización *abierta*, construcciones tipo *mecano* («Kit»), componentes *autónomos*, subsistemas *parásitos*...; enfoques que trataban de asimilar la potencia de la industria y de ponerla en forma de materiales, componentes y subsistemas a pie de obra. No era ya de recibo industrializar en obra, había que intentar llevar los productos industriales a la obra. Era la segunda mitad de la pasada década, ya se hablaba de la prefabricación como de la primera generación de construcción industrializada. Unas cuantas realizaciones singulares, unas cuantas publicaciones monográficas dedicadas al tema, animaron a pensar que una conjunción armónica industria-edificación estaba próxima.

Pese a las dimensiones y al peso muerto de esta máquina gigante y antigua que es la construcción, los hombres cuentan; y puede que sea el momento de recordar el esfuerzo de dos que se distinguieron especialmente en este intento y que lamentablemente desaparecieron en un corto período de tiempo: Bernard Hamburger y Jean Prouvé. Valga este recuerdo como humilde homenaje a su fructífera aportación.

Hamburger trabajó («Série industrielle et diversité architecturale») y divulgó teorías. Su lucidez puede quedar reflejada en dos conceptos que presentamos como botón de muestra:

- «La diversidad es, de hecho, el único problema técnico serio de la industrialización del edificio. Para los promotores de sistemas cerrados la diversidad aparece siempre como un coste».
- «Los industriales fabrican *palabras* a base de letras que son los componentes. Los arquitectos pueden componer *frases*».

Prouvé, el autodidacta, sin título ni atribuciones, se expresó con realidades tangibles. Los objetos, componentes y subsistemas que salían de sus manos llegaban a obra y se conjuntaban con la armonía propia de seres distintos que se llevan bien a distancia y que se reconocen en sus singularidades. Prouvé, al que recordamos en su estudio de París rodeado de maquetas y prototipos —más en consonancia con la industria aeronáutica que con la de la construcción— nos recomendaba desde su humildad «que para hablar del futuro de la prefabricación fuésemos a ver, de su parte, a P. Chemetov, quien podría darnos una reflexión más completa y autorizada que la suya». Corría el año 1972.

Pese a que de los proyectos de Prouvé surgieron las realizaciones más representativas y bellas de lo que hoy podríamos denominar *construcción a base de componentes compatibles*, él, machaconamente, afirmaba lo contrario: «La compatibilidad de los elementos no proviene de sus dimensiones, sino de la concepción unitaria del conjunto integrado». Prouvé, en una de sus últimas entrevistas, se preguntaba socarronamente: «¿La industrialización abierta?, ¿qué es eso?».

J. Salas